cione amor. ¡Ah! ¡Qué envidia vá á tener Renée!

El marqués de la Tour du Roy estaba impaciente por anunciar su dicha á Julio Leroux y al príncipe de Castel-Vivant.

—Os ruego que no digais nada á mis hermanas—le dijo Lazarine en el momento en que se separaba de ella,—y recomendad igual discrecion á mi padre y al príncipe. Quiero disfrutar de la sorpresa de Renée y de Juana cuando sepan que está resuelto nuestro matrimonio.

Roberto prometió cuanto quiso á la futura marquesa, y la jóven, así que hubo salido, en vez de encerrarse en su cuarto, se dedicó á explorar el castillo, estudiando los menores detalles de sus dependencias y de su mobiliario con el interés profundo que inspiran las cosas deseadas cuando se tiene la certeza de tenerlas pronto.

Todo le pareció armonioso, perfecto, irreprochable, á excepcion de cierta galería que ponia en comunicacion las habitaciones de recepcion del entresuelo con la bóvedas de cristal de una estufa en construccion.

Esta galería, de verdadera elegancia arquitectónica, no estaba terminada bajo el punto de vista decorativo.

Esculturas y mármoles se hallaban ya colocados, pero media docena de paños y de medallones dispuestos con marcos de madera esperaban los pinceles del artista.

—Será preciso terminar esto pronto—pensó Lazarine,—¿como el señor de la Tour du Roy, que es ciertamente hombre de gusto, ha podido tolerar esta nota disonante en un conjunto tan armonioso?

Cuando llegó la hora de comer, costó gran trabajo el encontrar á la jóven.

Despues de haber inventariado las riquezas mobiliarias y artísticas del palacio señorial, y visitado detenidamente las caballerizas, el guadarnés y las cocheras, la futura propietaria se habia perdido bajo las enramadas seculares del inmenso parque; y allí, soñando despierta placeres desconocidos, habia perdido la nocion del tiempo.

El marqués la encontró sentada en un banco rústico en el fondo del parque, y la ofreció el brazo para trasladarse al castillo y conducirla al comedor.

Renée dijo al príncipe en voz baja que las distracciones de su hermana le parecian del peor gusto.

Lazarine oyó ó adivinó, y contestó con una sonrisa burlona.

El señor de Castel-Vivant, como diplomático que era, se limitó á mover la cabeza de modo

que, no significando absolutamente nada, podia traducirse segun el deseo de cada cual.

El señor de la Tour du Roy colocó á Renée á su derecha, á Juana á su izquierda y á Lazarine enfrente de él; disposicion que causó alguna sorpresa y viva contrariedad á la segunda hija de Julio Leroux.

—Es absurdo y es ridículo—pensó.—¿A cuenta de qué, y bajo qué título se la considera como señora de la casa?

El marqués y sus huéspedes se encontraban sentados alrededor de una mesa servida con un lujo casi real.

Un *maitre d'hotel* y seis criados en gran librea poblaban apenas el inmenso comedor, que podia contener ochenta convidados.

Godefroy de Castel-Vivant estaba sentado á la derecha de Lazarine, y solo ellos con su conversacion animaban la comida, pues sin ellos hubiera sido triste y monótona.

Roberto, pensando en su felicidad, y mirando á su prometida, apenas decia palabra.

Renée no habló palabra.

La juventud de Juana explicaba su mutismo casi absoluto.

Por último, Julio Leroux callaba tambien calculando la suma libertad que iba á devolverle el matrimonio de Lazarine, y confesándose con satisfaccion que el dia en que se presentasen

maridos tan desinteresados como el marqués para desembarazarle de sus otras dos hijas, entraria en posesion de una independencia absoluta.

Momentos antes de terminar la comida, y cuando se servian los postres, el señor Castel-Vivant se inclinó á Lazarine, y murmuró algunas palabras á su oído.

La jóven sonrió, se puso encarnada y contestó con un signo afirmativo.

Cada uno de los convidados tenia ante sí media docena de vasos de dimensiones diferentes con armas del marqués, y de un cristal tan puro y trasparente que no proyectaban sombra alguna sobre el mantel.

Godefroy cogió uno de sus vasos, de forma de tulipan, lleno de *Champagne frappé*, y dijo:

—Solicito echar un brindis.

Un murmullo de aprobacion acompañó las palabras del príncipe.

El señor de Castel-Vivant levantó su vaso y continuó:

—Brindo por la jóven reina de gracia y hermosura, que será dentro de breves dias marquesa de la Tour du Roy.

Juana, asombrada pero alegre, corrió á abrazar á su hermana.

Renée palideció, y, temblorosa, dejó caer el

vaso de fino cristal, que se rompió sobre el mantel.

XV

Levantóse Lazarine aparentando inquietud; y fingiendo no comprender lo que pasaba en la envidiosa alma de su hermana, la dijo:

—Renée, querida René, ¿qué tienes? ¿Acaso no te encuentras bien?

La segunda hija de Julio Leroux parecia, en efecto, que iba á desmayarse.

Hizo un esfuerzo sobre sí misma, y contestó con voz alterada y con forzada sonrisa:

—No es nada, la sorpresa.. No he sido dueña de mí al saber de improviso la felicidad de que tan digna te creo; participo de tu alegría con toda mi alma; puedes estar segura, no lo dudes.

—Conozco demasiado tu afecto para dudar de tí—contestó Lazarine,—¡Gracias, mi querida hermana! Mi reconocimiento es tan sincero como tu alegría.

É imprimió un beso en la frente de Renée.

El marqués de la Tour du Roy vió en esta escena la prueba inequívoca de la profunda ternura que sentian una por otra las hijas del ex-

banquero, y en verdad que no podia ver en ella otra cosa.

El hecho es que Renée sufrió mucho. La envidia le devoraba el corazon, como el buitre mitológico desgarraba las entrañas de Prometeo.

La certeza de que Lazarine, cuya superioridad se negaba á reconocer, iba á tener una posicion en el mundo, una gran fortuna, un lujo deslumbrador, mientras ella continuaria siendo la hija sin dote de un millonario quebrado, esperando solo á la casualidad la llegada de un marido problemático, esta certeza la enloquecía; y el momento mismo en que los labios de su hermana la mayor depositaban un beso en su frente, se estremecia de ódio.

Contestó á los besos de Lazarine con un abrazo al parecer afectuoso; pero al estrechar á su hermana contra su pecho, pensaba:

—Si pudiera ahogarla con este abrazo.... ¡Con qué gusto la abrazaría!

.....

.....

Solo faltaba señalar la época del matrimonio.

El marqués de la Tour du Roy, en su febril impaciencia de viejo locamente enamorado (y los viejos son los mas impacientes de todos los enamorados, y esto es lógico, porque conocen que vá á faltarles tiempo), queria ser feliz cuanto antes.